

“Prólogo. Combate por la historia [a *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés* de Ramón Iglesia]”

p. 311-330

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Prólogo. Combate por la historia [*la Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés de Ramón Iglesia**]

311

|

La Historia es, de todas las ciencias, la que se acerca más a la vida. En esta relación indestructible con la vida, reside para la Historia su debilidad y su fuerza. Hace variables sus normas, dudosa su incertidumbre; pero, al mismo tiempo, le da su universalidad, su importancia, su gravedad.

J. Huizinga**

Nació Ramón Iglesia y Parga el 3 de julio de 1905 en Santiago de Compostela (España). Tras haber cursado el bachillerato universitario, estudios brillantes que terminó a los 15 años, inició los universitarios en la Sección de

* Título sugerido por la bien conocida obra de Lucien Febvre, *Combats pour l'histoire*, publicada en 1953, en París, por la librería de Armand Colin.

** Epígrafe utilizado por el propio Ramón Iglesia en su “Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía española”, publicado en Madrid, *Tierra Firme*, n. 4, 1935. Reeditado también en México, *Tiempo*, n. 6, junio 1940.

Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, los cuales concluyó antes de cumplir los 21 años. En 1925 inició sus primeras investigaciones con los profesores Dámaso Alonso y Antonio Ballesteros en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, y se le confió, además, una cátedra en los Cursos de Verano para extranjeros, que organizaba cada año el citado centro. En 1928 sale de España para desempeñar el puesto de lector de español en Gotenburgo (Suecia), y aprovecha, además, su estancia en el extranjero para recorrer Francia, Alemania, Dinamarca y Noruega. Dio conferencias en Estocolmo, Oslo, Upsala, Copenhague y Berlín. Vuelto a España en 1930, obtuvo un puesto facultativo en la Biblioteca Nacional de Madrid y reanudó sus trabajos en el Centro de Estudios Históricos, donde dirigió la Sección Hispanoamericana y ocupó la secretaría de la revista *Tierra Firme*, órgano de dicha sección. La estancia en el extranjero le permitió a Ramón Iglesia no solamente conocer y estudiar en los mejores centros europeos donde se cultivaba la investigación histórica, sino también perfeccionar lenguas: el francés y el inglés los conoció bien y el alemán llegó a dominarlo con rara perfección.

De 1932 a 1936 trabajó preparando la edición crítica de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo; pero, desgraciadamente, la sublevación militar-fascista contra la República legalmente constituida, y con el alzamiento de la devastadora y sangrienta secuela de la guerra civil (1936-1939) le impidió dar los últimos toques al erudito trabajo. Sin embargo, la obra fue publicada en Madrid, una vez terminada la contienda, por el flamante Instituto Fernández de Oviedo (1940), omitiendo el nombre del editor. El trabajo de Ramón Iglesia fue aprovechado casi íntegramente e incluso se utilizó buena parte del estudio preliminar, aunque violando en el mismo la intencionada orientación popularista del investigador. Su nombre, empero, no prestigiaba, como hemos dicho, la edición: la contrarrevolución cultural de la España franquista supo, en éste como en otros muchos casos, tras la embriaguez de la victoria, saquear a los “rojos” vencidos y aprovecharse sin rubor de los trabajos de los mejores intelectuales de la España transterrada o peregrina. Seguramente las *autoridades intelectuales* de la España azul, imperial y lucerina, consideraron aquellos despojos como legítimo botín de guerra y, en cierto y deformante modo, estaban en su derecho de hacerlo así, pues que la violencia victoriosa, según se sabe, es legalizadora de desafueros y entuertos. Mas lo que no tiene nombre es que un pres-

tigioso historiador, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, avalase un trabajo (el de Iglesia) que de ningún modo le pertenecía.

Al estallar la guerra civil, Ramón Iglesia, como ciudadano leal a la República y representante fiel de su pueblo, se incorporó inmediatamente a los frentes de la guerra. De un salto pasaba el sosegado historiador de su pacífico gabinete de trabajo, de sus libros, folios, fichas, tarjeteros y facsímiles a las peligrosas eventualidades de la vida militar activa en los frentes del norte y de Madrid. En ellos, mandando hombres y cumpliendo órdenes, aprendió algo que, como él mismo dirá más tarde, no podría haber nunca aprendido en los libros y que luego le serviría para entender a los castellanos que en el siglo XVI, muchos de ellos soldados tan improvisados como el propio Iglesia, realizaron asombrosa conquista de América y Filipinas. La guerra, la derrota de la República, víctima de la conspiración interna y externa, dejó a Ramón Iglesia profundas huellas traumáticas. No son sólo las manifestaciones psicósomáticas y somatopsíquicas que dejan los prolongados y espantosos cañoneos y bombardeos aéreos, o los diezmadoramente sangrientos asaltos y repliegues de posiciones, sino también las cicatrices profundas que dejan en el alma el injusto vencimiento de una causa noble por la que se ha luchado y sacrificado todo. De estas últimas heridas espirituales Ramón Iglesia no se curó jamás y ellas lo fueron orillando lenta mas inexorablemente a su propia autodestrucción.

Desembarca en Veracruz en junio de 1939 (*Sinaia*), la tragedia ha quedado atrás. Para principios del año siguiente encontramos a Ramón Iglesia instalado en esta su segunda patria en compañía de su abnegada y bella compañera Marina. Trae consigo Iglesia estrictamente lo puesto y, por todo bagaje intelectual, según nos lo cuenta Simpson en su nota luctuosa, sólo tres únicos libros salvados de la catástrofe de la guerra, de la derrota, de los campos de concentración franceses y del destierro. Ha llegado aquí a la capital mexicana (Distrito Federal) como tantos otros intelectuales españoles errabundos, a rehacer su vida y a ser útiles a la nación generosa y hermana que les ha abierto los brazos y los ha acogido como a pródigos hijos suyos. En la Escuela de Verano de la Universidad Nacional se le ofrece una cátedra y reinicia así su abandonada actividad profesoral con un curso excelente sobre *Cervantes y El Quijote*. En la Casa de España, fundida muy pronto en El Colegio de México (1941), del que asume la dirección el generoso humanista don Alfonso Reyes, comienza Ramón Iglesia a reintegrarse a sus abandonadas tareas de investigador profesional; es decir, investigar para sí y a formar jóvenes investigadores,

entusiastas especialistas, como él mismo lo era, interesados en descubrir los intrincados secretos de Clío. Se le encargó la cátedra de Introducción al Estudio de la Historia y, con toda la pasión noble de su exaltado temperamento, comenzó a disparar sus primeras andanadas historiográficas contra el positivismo-objetivismo dominante en la historia por entonces. Para él era lanzarse, como escribe José Miranda en el artículo cronológico que consagró a su desgraciado amigo, a una verdadera cruzada contra la historia cientificista, impugnando sus fundamentos y su “cacareado objetivismo”.

Algunos de sus antiguos alumnos, hoy día, y con muy pocas excepciones, sobresalientes historiadores (Ernesto de la Torre, Alfonso García Ruiz, Carlos Bosch García, Julio Le Riverend, Manuel Carrera Estampa, Felipe Muro, Sol Arguedas, Fernando Sandoval, Hugo Díaz Thomé, etcétera), coinciden en destacar los valores carismáticos que como profesor poseía Ramón Iglesia. Su entusiasmo e imaginación, su bondadosa comprensión, su llano trato y su sólida formación humanística procuraba proyectarlos y recrearlos sobre sus discípulos. Su rigor metodológico corría parejo con su rigor artístico, pues para el eficaz maestro la historia era científica en cuanto al método de investigación; pero era o debía ser también una obra de arte, tal y como correspondía a su tradición y valores clásicos. Enseñaba que el nuevo quehacer histórico, el historicismo, se caracterizaba por procurar hallar un fresco contacto con la vida y que, por consiguiente, el historiador debería esforzarse por alcanzar la mente de los lectores no especialistas mediante la vitalización o humanización de la tarea histórica. Asimismo el nuevo historiador debería poner la máxima atención y cuidado en la forma, en la calidad y posible belleza de sus escritos. Ramón Iglesia no sólo enseñaba a sus alumnos a investigar, sino también a redactar; la misma apasionada entrega ponía en corregir errores interpretativos como en retocar dislates estilísticos. Y todo ello realizado amorosa, pero bondadosa y humildemente, pues él mismo confesaba “que no se sentía superior a nadie, sino simplemente diferente de aquellos que no comulgaban con sus ideas”.¹ Que una cosa era que él intentase señalar la nueva meta e indicar el camino apropiado para alcanzarla, y otra distinta que él creyese que ya la había alcanzado. En suma, enseñaba a sus discípulos “que el estudio de la historia no era un trabajo de cal y canto sobre el cual habría de erigirse

1 Prefacio a la edición de L. B. Simpson, *Columbus, Cortés and Other Essays*, Berkeley/Los Ángeles, University of California Press, 1969, p. 5.

la Historia como una estructura inmutable, sino que era más bien como un juego de perspectivas, o como haces de luz entre nubes, tras las cuales un aeroplano intenta ocultarse”.² Observe el lector la imagen bélica del ejemplo; metáforas brillantes, alusiones a la guerra, su guerra, con las que frecuentemente se matiza su obra toda ella coloreada con el tembloroso e íntimo recuerdo de la contienda fratricida.

A fines de la década de los treinta el panorama historiográfico de México presentaba fundamentalmente una interesante trifurcación. Tres escuelas se disputaban la atención de los lectores y dirimían, incluso en términos a veces ásperos, la cuestión de la primacía y validez de sus postulados: la tradicional, heredera de las tendencias de fines del siglo XIX y comienzos del XX, entre erudita y romántica, que estaba representada brillantemente, entre otros investigadores, por Federico Gómez de Orozco, Rafael García Granados y Pablo Martínez del Río; la positivista o moderna, a cuya cabeza se encontraba Ramírez Cabañas, que de pronto se vio en extremo fortalecida por el joven historiador Silvio Zavala, que recién llegado de Europa presto se convirtió en el gonfaloniero de la más ascética y objetiva tendencia científicista;³ y la escuela filosófica, o mejor ontologista, y también vitalista e historicista representada por una combativa figura solitaria, por Edmundo O’Gorman, el *enfant terrible*, según Francisco Larroyo, en congresos, mesas redondas y debates sobre historiografía de América.⁴

La llegada de los intelectuales españoles a México (1939-1940); el arribo fundamentalmente de José Gaos y de Ramón Iglesia representó para O’Gorman el encuentro directo y afectivo con las tendencias ratiovitalistas de la historia que la *Revista de Occidente*, sus publicaciones y el animador del proceso, Ortega y Gasset, propagaron desde España. La relación inmediata de O’Gorman con Iglesia no se hizo esperar, y desde el momento en que se conocieron llegaron a ser buenos amigos, colegas y colaboradores alalimón en congresos, mesas redondas y discusiones académicas en torno a la problemática de la histo-

² *Ibidem*, p. 4.

³ Propiamente existía una cuarta escuela pseudomarxista, encabezada por Rafael Ramos Pedrueza, Alfonso Teja Zabre y Luis Chávez Orozco; pero el método era positivista (científicista) aunque montado sobre un maldirigido materialismo histórico, razón por la cual no la hemos incluido como escuela aparte.

⁴ Francisco Larroyo, *La filosofía americana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1953, p. 250.

ria. Famoso fue, y aún se recuerda y comenta en México, el encuentro o polémica que sostuvieron ambos, juntamente con Gaos, contra la escuela positivista representada en dicho momento por Alfonso Caso, Medina Echeverría (más sociólogo que historiador) y sobre todo por Silvio Zavala. Desgraciadamente la sesión del 15 de junio de 1945 no alcanzó el punto de ebullición que el ardoroso público expectante aguardaba, por causa de la ausencia de Zavala que se ausentó del país justamente aquel día.⁵ La ponencia de Ramón Iglesia en aquella semifallida reunión reforzaba la idea de escribir la historia desde el punto de vista perspectivista y en estrecho contacto con las situaciones humanas. El lector interesado puede encontrar dicha ponencia en la publicación de El Colegio de México intitulada *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador, con unas consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos* por Ramón Iglesia (Jornadas 51) y en la revista *Filosofía y Letras* (n. 20), 1945, las cuales quedan reseñadas en nuestra bibliografía final.

Ramón Iglesia alternaba su trabajo de profesor en El Colegio de México con el de traductor, corrector de pruebas, orientador, consejero de publicaciones y Dios sabe cuántas cosas más en la editorial Fondo de Cultura Económica. Se encontraba allí, para decirlo con la expresión consagrada por Rafael Sánchez de Ocaña, como galeote de la pluma; es decir, exceso de trabajo y parva remuneración. Esta situación unida a cierta incomodidad que halló en el ambiente de El Colegio lo decidió a dejar México para trabajar en las universidades norteamericanas. Estuvo en Berkeley, Washington, Austin, Illinois y Wisconsin encontrando una cordial acogida y, sobre todo, personas afines a su espíritu con las cuales, dado su característico extrovertismo, bien pronto intimó. Entre otras y muy esencialmente con Lesley Byrd Simpson, con quien reanudó la amistad entrañable comenzada en México. La amistad fue también intelectual y hasta tal punto, que el propio historiador estadounidense confiesa que incluso hoy día él no sabe cuándo ni cómo “su pensamiento llega a ser mío, o el mío suyo”,⁶ que a tal extremo llegó en ellos la noble intercomunicación y armonización de los pensamientos. A este respecto me veo y asimismo en el caso

5 El relato de lo ocurrido está recogido en el trabajo de Carmen Ramos, “Edmundo O’Gorman como polemista”, publicado en *Conciencia y autenticidad históricas: escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*, edición de Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas, 1968, p. 49-67.

6 “Prefacio del traductor”, en Simpson, *Columbus, Cortés and Other Essays*, p. VIII.

obligado de declarar aquí, que no sé tampoco cuándo me expreso por mí mismo o lo hago a través de las ideas y del material preparado por Simpson; porque a decir verdad, sin su traducción de los ensayos (“esas espirituales biografías” como él delicadamente los llama) de Ramón Iglesia y sin el prefacio y notas del benemérito editor (además de la nota obituarial de J. Miranda), que así quiso honrar “la memoria de un viejo amigo”, no sé cómo ni cuándo podría haber comenzado ni dado fin a estos borrones y a los que siguen.

En Madison, Wisconsin, en donde leyó lo que fue su último trabajo, “The Old and the New in the Spanish generation of 1899”, un desgraciado accidente acabó con la vida del historiador Ramón Iglesia (5 de mayo de 1948), español por nacimiento, mexicano por amorosa adopción e hispanomexicano por su apasionada entrega a la historia de sus dos países.

II

[...] para nosotros, lo pasado es lo que vive en la memoria de alguien, y en cuanto actúa en una conciencia, por ende incorporada a un presente, y en constante función de porvenir. Visto así –y no es ningún absurdo que así lo veamos–, lo pasado es materia de infinita plasticidad, apta para recibir las más variadas formas.

A. Machado, Juan de Mairena⁷

El ensayo sintético de Ramón Iglesia sobre el popularismo historiográfico de la crónica de Bernal Díaz del Castillo, junto con el estudio que consagró a Colón, publicado en 1930 en la *Revista de Occidente*, manifiestan con precisión y claridad qué tipo de historia es la que él cultivaba y cultivaría hasta su muerte. Su primer ensayo en serio, *El hombre Colón*, lo escribe cuando tiene 25 años, y a partir de este primer promisorio fruto de su talento, su investigación siempre estará dirigida, interesada fundamentalmente en comprender y hacer comprender la historia antes bien que en saber y juzgar de lo histórico.

7 Epígrafe impreso por Iglesia, que precede a su breve ensayo sobre “El estado actual de los estudios históricos”, *apud* Lesley B. Simpson, *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador*, México, El Colegio de México, 1945 (Jornadas del Centro de Estudios Sociales, n. 51), p. 8.

Desde ese lejano y brillante estudio de 1930, en el que ya predica con el ejemplo, el historiador compostelano se nos muestra interesado por esa nueva vía de la comprensión emocional; del hombre Colón de carne y hueso, aligerado del peso de la admiración romántica y descendido, desestatuizado, al nivel de la tierra, a la escala humana, sin pedestales ni monumentos mitificadores, heroizantes y deshumanizadores. Como escribe Simpson, el Colón de Ramón Iglesia “presenta un contraste tan acusado con el Gran Descubridor de nuestros textos escolares, o de nuestras historias románticas, que no han de faltar gritos de angustia en contra de tal concepción. Y sin embargo, el Colón de Iglesia, a pesar de su monomanía por encontrar oro y pese a su rechazo total a admitir que no ha llegado a las proximidades occidentales de Asia —su terquedad en este punto resulta proverbial— es un ser humano más comprensible y por el que podemos sentir más simpatía”.⁸ De modo parecido podemos decir que el Bernal de Ramón Iglesia es un nuevo Bernal; menos *patriótico* e instrumentado que el que es común presentar en tanto que antagonista de Cortés. Se trata de un novedoso Bernal, ávido representante de la siempre insatisfecha neoaristocracia conquistadora. “Bajo este tratamiento —permítasenos utilizar nuevamente el juicio de Simpson— el ciego, sordo, empobrecido y a la vez digno de lástima Bernal Díaz del folklore —una caricatura dibujada por él mismo— desaparece y es reemplazado por un agudo, colérico y envidioso personaje, que emplea sus mejores cualidades para escribir la crónica más memorable de la Conquista. Y este retrato de Bernal Díaz, lejos de apartárnoslo, hace de él un hombre algo más atractivo e incluso admirable.”⁹

Desde el punto de vista de Ramón Iglesia se trata de hacer una historia interesada en los significados humanos que poseen los hechos históricos. La pregunta fundamental se refiere a la inteligibilidad del pasado; se interpela en función del ente vivo y cierto del pasado: el hombre. Y el objetivo del historiador es sólo uno y esencial: comprender al hombre sin intentar enjuiciarlo. Acaso por esto el más brillante de los ensayos de Ramón Iglesia sea el que dedica a Cortés, en lo que concuerdan casi todos los críticos. El complejo caudillo se nos muestra y revela de cuerpo entero; en su auténtica naturaleza moral y física. Es como un bajorrelieve de carne viva, desprendido y conformado de

8 *Idem.*

9 *Idem.*

la masa sólida de las *Cartas de relación* y de la profusa correspondencia del victorioso capitán. Es un Cortés nuevo, redivivo; liberado del lenguaje empalagoso y repugnante de los aduladores y desembarazado asimismo de las diatribas nauseabundas de los detractores.

Se exige del historiador no solamente sapiencia, que esto es tan sólo el comienzo, sino en especial simpatía y comprensión, sin las cuales la historia se convierte en mera arqueología. Además, la justipreciación de los hechos dependerá de la peculiar perspectiva en que esté situado el observador. Este perspectivismo crítico-histórico de raíz orteguiana fue comprendido y aceptado por nuestro historiador, y él mismo, en más de una ocasión, aludirá a su procedencia, dándonos a entender que la tarea del historiador debe consistir en este punto en la aplicación del perspectivismo filosófico de Ortega y Gasset al territorio de la historia. *El problema de nuestro tiempo* será por consiguiente para Ramón Iglesia la observación de la realidad histórica desde una cierta perspectiva. Ésta, en tanto que componente esencial de la realidad histórica, obra de tal forma que dicha realidad será siempre cambiante, distinta; como distintos y cambiantes son los puntos de vista o enfoques crítico-históricos.¹⁰ El propio Iglesia, como veremos más adelante, nos ilustrará sobre este asunto con su propio caso; es decir, dándonos las razones circunstanciales y espirituales por las cuales, si antes (1935) prefirió a Bernal por sobre Gómara, después (1940) se decidió por el clérigo historiador a costa del cronista soldado.

Este radical y notable cambio de apreciación y este típico relativismo iglesiano fueron posibles porque, como el mismo autor escribe, “la verdad histórica no es una, sino múltiple, según los lugares y las épocas”.¹¹ Siendo como es la historia el conocimiento más cercano a la vida, síguese de aquí que será la ciencia más expuesta a los cambios, variaciones y reflujos.¹² Este juicio de Ramón Iglesia se complementa con sus dos razones acerca de la imposibilidad para la historia de sustraerse al ambiente en que se la escribe: en primer lugar por la inmersión del historiador en un ambiente que hoy es distinto del que era ayer como también será distinto al de mañana; en segundo

10 Cfr. “La historia y sus limitaciones”, *apud* edición de Simpson, *Dos ensayos...*, p. 116. Asimismo en Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1944.

11 Simpson, *Dos ensayos...*, p. 18.

12 Cfr. Ramón Iglesia, “Orientación actual de las ciencias históricas”, *Educación y Cultura*, México, n. VI, p. 319-325.

lugar porque la tan apellidada y socorrida imparcialidad histórica no existe ni ha existido jamás.¹³ La imparcialidad, escribe Iglesia, “no existe en el sentido absoluto en que se la concibe: el verdadero concepto de imparcialidad es un mito”.¹⁴ Cuando en abril de 1936 editaba Iglesia sus crónicas medievales, rompía lanzas a favor de ellas combatiendo el punto de vista de la historiografía científicista de su tiempo, que desconfiaba de tales crónicas por la marcada parcialidad que las caracteriza. Y comenta Ramón Iglesia: “como si la parcialidad, el punto de vista, no fuera factor ineludible en la apreciación de los hechos humanos y, por lo tanto, en su relato que es la historia”.¹⁵ Por otra parte, el implacable crítico sabía muy bien que todos los historiadores son, aunque afirmen lo contrario, parciales a su modo; verbigracia parcialistas vergonzantes, como cuando sin hacer pública profesión de su parcialidad, juzgan, pongamos por caso —y el ejemplo es del propio Iglesia—, “que son más importantes las declaraciones de los testigos en el juicio de residencia seguido a Cortés, que las *Cartas de relación* del propio conquistador”.¹⁶

Ramón Iglesia sabía de sobra que todo historiador, incluido por supuesto él mismo, cuando escribe lo hace de un modo evidentemente parcial. Apoyado en esta realidad nuestro historiador rechaza la pretensión de la historiografía científicista de asegurar la existencia de una verdad exclusiva, única, que se puede alcanzar; de la que se infiere la pretendida imparcialidad.

La *personal ecuación* de cada autor, la expresión es de Ranke, y su complejo de ideas y sentimientos condicionan su manera de mirar las cosas,¹⁷ y no nos garantizan en modo alguno la solicitada objetividad. Si la historia es vida y ésta se presenta siempre como conflicto, lucha y tensión, se sobreentiende de suyo que la historia, que relata tales crisis, tiene que ser apasionada, combativa y parcial.¹⁸ Los hechos que el historiador selecciona, organiza, relaciona e interpreta de acuerdo con su propio juicio, se colorean y cambian

13 *Idem.*

14 *Apud* Simpson, *Dos ensayos...*, p. 115 (“La historia y sus limitaciones”). También en *El hombre Colón y otros ensayos*.

15 *Cfr.* *Baraja de crónicas castellanas del siglo XIV*, selección y prólogo de Ramón Iglesia, México, Séneca, 1940, p. 10.

16 *Cfr.* Ramón Iglesia, “Orientación actual...”.

17 “La historia y sus limitaciones”, *apud* Simpson, *Dos ensayos...*, p. 107, y *El hombre Colón...*

18 Iglesia, *Cronistas e historiadores* (edición 1945), p. 141.

a medida que cambian las épocas, países, culturas y hombres; porque cada generación busca una respuesta, un saber de sí misma, una comprensión, supuesto que el pasado al que se interroga no es, ni más ni menos, que su propio pasado, lo que la constituye. Dejando la palabra precisa a O’Gorman, transcribiremos que “el pasado humano en lugar de ser una realidad ajena a nosotros es nuestra realidad, y si concedemos que el pasado humano existe, también tendremos que conceder que existe en el único sitio en que puede existir en el presente, es decir, en nuestra vida”.¹⁹ Refiriéndose precisamente el citado crítico e historiador a las crónicas medievales reeditadas por Iglesia en México (1940),²⁰ expone con su acostumbrada agudeza lo que sigue: “el lector emprende un viaje al pasado para después regresar enriquecido con la nostalgia de unas formas de vida al parecer muertas; pero aparentes y actuales en tanto que despiertan el sentimiento de que se vive no sencillamente de lo pasado, y esto es decisivo del pasado, que no es un pasado cualquiera, sino que es un pasado propio. En esto consiste la experiencia vital de la historia; en esto radica la más profunda y, en realidad, única misión del saber histórico, porque gracias a esa convicción, a ese sentir el pasado como algo propio es posible referir ese conocimiento a lo más íntimo y definitivo del sujeto, que es su ser”.²¹

III

La Historia se hace, en primer término,
con el sentido y el apasionamiento por la historia.

Lucien Febvre, *Combats pour l’histoire*

En el prefacio con que Ramón Iglesia prepara, o mejor predispone al lector para entrar en materia, a saber, para motivar la atención y conducirla a la asimilación meditada y provechosa de la obra, la misma que el lector tiene ahora entre sus manos, nos expresa, con el típico apasionamiento que siempre puso él en estas cuestiones, que la historia es comprensión de los hechos y de los actores y relatores (cronistas) de tales acontecimientos. Entender, pues, a

19 Cfr. Edmundo O’ Gorman, “Consideraciones sobre la verdad en historia”, *Filosofía y Letras*, México, v. 20 (octubre), 1950, p. 249.

20 Gutierre Díez de Gámez, *El Victorial, crónica de don Pero niño*, selección, prólogo y notas de Ramón Iglesia, México, Séneca, 1940, y *Baraja de crónicas castellanas*.

21 Recensión (“Dos obras de Ramón Iglesia”), *Letras de México*, marzo-abril 1940.

Bernal, a Gómara o al propio Cortés es, ante todo, procurar situarse en el punto de vista, en la perspectiva de ellos, sin preocuparse porque tales enfoques, o foco de la elipse histórica no sean precisamente los nuestros. En la historia o en la crónica, lo primordial y sin duda más interesante es preguntar por el sujeto que la escribió e indagar las circunstancias y el complejo de situaciones múltiples que lo llevaron a escribir y a enjuiciar y describir como lo hizo. En suma, se ha de buscar al hombre y hemos de interesarnos en averiguar qué motivos, qué incitaciones e intenciones movieron su pluma; porque de hecho no se puede ir más allá de lo que él mismo presencié u oyó en relación con tales o cuales sucesos de su subjetivo relato.

Ramón Iglesia nos confiesa con leal ingenuidad e incluso creemos que con alegre descargo, que en 1935, durante el XVII Congreso de Americanistas celebrado en Sevilla, “rompió una lanza en favor de Bernal” y que arremetió contra Gómara al que calificó de “panegirista de Cortés, adulador servil y no [sabe] si algunas cosas mas”.²² Efectivamente, Iglesia insistió más de una vez, a decir verdad desde que en 1930 preparaba su malograda edición de la *Historia verdadera*, en las “*falsedades del clérigo panegirista del caudillo*”. Desde su gabinete de trabajo en Madrid y en tanto que daba los últimos toques a su edición de Bernal Díaz, la figura de éste, según la ve en este momento Iglesia, “rebaja la grandeza señera y destacada del caudillo y convierte a la masa en agente principal de la epopeya. Es el pueblo mismo quien la lleva a cabo, es la masa misma la dotada de calidades extraordinarias y únicas. En las páginas de Bernal palpita de continuo este aliciente de todos, con el impulso de una meta común”.²³ Este juicio del historiador gallego adquiere su verdadero significado si tenemos en cuenta que se manifiesta en momentos cruciales de la política ibérica, cuando la masa republicana, la izquierda española, vive momentos de exaltación patriótica y de unidad preelectoral (1935) para constituir el famoso Frente Popular que en 1936 obtendría el triunfo en las elecciones de diputados a Cortes. El entusiasmo arrollador del pueblo republicano de izquierda, más que la habilidad de sus dirigentes políticos, hizo posible la victoria frente a la formidable coalición de la derecha tradicionalista y conser-

22 Apud Iglesia, *Cronistas e historiadores...* (1945), p. 139.

23 Cfr. Ramón Iglesia, “Dos estudios sobre el mismo tema: I. Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía española; II. Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara”, *Tiempo*, México, n. 6-7, junio-julio 1940, p. 482.

vadora. Nada tiene, pues, de extraño que el Bernal forjado por entonces responda al febril entusiasmo partidarista del historiador republicano y frente populista que fue Ramón Iglesia. Esta actitud suya proyectada sobre su Bernal, amén de las circunstancias trágicas de la propia guerra, impidieron —como en páginas atrás dijimos— que el historiador imprimiera y respaldara con su firma su amada edición: una dolorosa espina que siempre llevó muy hondamente clavada en el pecho el infortunado autor.

Ya en México Ramón Iglesia, y en tanto que historiador transterrado, emprende nueva lectura de Gómara y se le iluminan pasajes antes oscuros o mal comprendidos. Poco a poco va aligerando la condena que pesaba sobre la Historia de la conquista del capellán de Cortés y sin rebajar los valores propios de soldado cronista procura ahora elevar al clérigo a la altura misma de aquél. La explicación de éste se debe —a nuestro modo de ver— a que las circunstancias que rodean ahora a Iglesia en México (1940) han cambiado respecto de lo que eran para él las de 1935. Sobre la carne y el espíritu del historiador han hecho presa y dejado honda huella —según dijimos— la experiencia desalentadora de la derrota republicana y, sobre todo, las vivencias angustiosas del combatiente activo, valeroso, desesperado. La perspectiva ha cambiado diametralmente; la realidad mexicana en la que ahora se halla inmerso, tan distinta de la de Madrid; la conciencia histórica popular de México, que vive aún la conquista española del siglo XVI, como si hubiera ocurrido anteayer; el contacto fecundo del historiador con la intelectualidad de México, con nuevos colegas y estudiantes, y, especialmente, su propia experiencia de militar improvisado lo hacen considerar y justipreciar en la admirable Historia de Gómara valores nuevos antes invisibles o desdeñados. El Cortés de la Conquista de México resplandece por sobre el casi apagado Cortés de la *Historia verdadera*; por contra los soldados del medellinense heroico, casi desapercibidos de tan opacos como aparecen en la obra de Gómara, brillan en la crónica de Bernal a costa de la opacidad del caudillo. Y Ramón Iglesia llega a esta conclusión, según confiesa, “por haber leído ahora a Gómara con mayor atención”,²⁴ lo que le permite caballerescamente escribir un ensayo sobre Gómara que, por compensación, viene a ser “una lanza rota” a favor del capellán. Mas al año de haber escrito esto, Iglesia proporciona una pista mejor para comprender su propio cambio, su extraordinario giro relativista,

24 Cfr. Iglesia, *Cronistas e historiadores...* (1945), p. 139.

su revalorización historiográfica: “Nosotros —escribe— hemos pasado por el culto frenético de Bernal; también nos hemos indignado con quienes señalaban —no siempre con justicia— los defectos del libro; hoy lo vemos con mirada más tranquila, aleccionados por durísima experiencia”.²⁵ La durísima experiencia, como comprenderá el lector ya advertido, no es otra sino la de la guerra civil española. Sobreponiéndose al comprensible pudor de no querer hablar en primera persona, Iglesia se siente emocionalmente compelido a hablarnos de su participación en la guerra como combatiente y a indicarnos las consecuencias historiográficas que para él tuvo la aventura guerrera:

Pero la guerra estalló y me aprisionó, y de este modo adquirí una experiencia viva y directa de los problemas militares, una experiencia que todo los libros de historia del mundo no me habrían dado. Vi de primera mano lo que es la guerra, una piedra de toque para todos los valores humanos, a causa de que en la guerra estamos siempre bajo la opresión de la muerte, la cual en tiempos normales está fuera de visión. Vi la parte desempeñada por los comandantes, que sabían cómo mandar, y la parte representada por los soldados que sabían cómo obedecer y morir. Y vi también la profunda necesidad de establecer la jerarquía y la disciplina en un ejército, algo que habíamos olvidado, o acaso habíamos desdeñado en nuestra civilizada, liberal e individualizada sociedad. Y esto fue lo que hizo renovar mi concepción total de cierto número de problemas históricos, incluyendo en éstos el libro de Bernal. Después de la guerra releí su libro y leí más cuidadosamente que antes el texto de Gómara. Comparé los dos y obtuve conclusiones... Aunque no acepto la exclusiva importancia que Gómara da a Cortés, reconozco ahora que la parte de Cortés en la conquista fue mucho más significativa que la que le otorga Bernal.²⁶

Creemos que con esta leal declaración (que hubiese resultado desacreditadora y ruinosísima para un historiador que no hubiera sido Iglesia, es

25 Cfr. Ramón Iglesia, “Introducción al estudio de B. Díaz del Castillo”, *Filosofía y Letras*, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, n. 1, 1941, p. 128. También en *El hombre Colón y otros ensayos*. (Cursivas nuestras.)

26 “Dos estudios sobre el mismo tema...” (prefacio). También en la edición de Simpson, *Dos ensayos...*, p. 37. Asimismo en *El hombre Colón y otros ensayos*.



decir, un historiador positivista) lo que él pretende es, ni más ni menos, ejemplificarnos su perspectivismo histórico. Él no canta la palinodia sino que nos da las razones que motivaron el cambio casi radical en su apreciación a causa de su propia experiencia vital, su *Erlebnis*, como él mismo escribe.²⁷ No fue, por consiguiente, una simple acumulación de nuevos datos y de nuevas reflexiones y lecturas, “sino un cambio en [su] punto de vista”.²⁸ La publicación de ambos textos, en la revista mexicana de ciencias sociales y letras *Tiempo*, el antiguo sobre Bernal y el nuevo sobre Gómara (síntesis del que el lector encontrará en esta edición), fue para Ramón Iglesia la prueba palpable de que no existen verdades históricas incommovibles ni atorculadas para siempre; sintiéndolo así ofreció su propia experiencia como la mejor propedéutica historiográfica para aquellos que se acercan por primera vez a la disciplina histórica. Significó asimismo para él un regocijante problema que pasó a la consideración de los historiadores cientificistas, con el decidido, terco y fogoso empeño de despertarlos e interrumpirlos de su interminable siesta.

IV

Un historiador que rehúsa pensar el hecho humano, un historiador que profesa la sumisión pura y simple a los hechos, como si los hechos no estuvieran fabricados por él, como si no hubieran sido elegidos por él previamente, en todos los sentidos de la palabra “escoger” (y los hechos no pueden ser escogidos por él), es un ayudante técnico. Que puede ser excelente; pero no es un historiador.

Lucien Febvre, *Combats pour l'histoire*

Las *bêtes noires* contra las que combatió siempre Ramón Iglesia, sin aflojar en esto un punto, fueron la historiografía cientificista (la culpable, según él, de haber estorbado el progreso de la historia) y el cultivador de la misma; esto es, el historiador positivo.

En toda su producción historiográfica, del ensayo sobresaliente a la nota sencilla, carga la mano crítica contra estos dos enemigos; pero sobre todo la descarga con apasionada y severa contundencia en dos ensayos prematuros

²⁷ Simpson, *Dos ensayos...*, p. 38.

²⁸ *Idem*.

de 1940 (“La historia y sus limitaciones” y “Orientación actual de las ciencias históricas”) y en un tercero, más redondo, más definitivo y polémico, de 1945 (“Consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos”). En los tres estudios rechaza el vehemente censor el ideal deshumanizante de aquellos historiadores que en su escepticismo y desmesurado criticismo llegan, por ejemplo, a la monstruosidad de rechazar un libro sobre Cortés porque el autor incluye los datos del propio conquistador.²⁹ Este estéril espíritu crítico está condenado al fracaso porque, de acuerdo con Iglesia, es imposible liberar a la crónica, a la historia, del elemento personal; es decir “de la deformación de los hechos, deliberada o no, que imprimen a sus relatos quienes en ellos han sido actores o testigos”.³⁰ No menos absurda le parece a Iglesia la consigna pseudolegalista de la escuela positiva de dejar que los hechos hablen por sí solos, error mayúsculo supuesto que el historiador científicista “al asentar este enorme prejuicio dice que está libre de prejuicios”.³¹ Como la historia se piensa siempre en función del presente —verbigracia del presente de un determinado país al que pertenece el autor que la escribe—, éste se acercará siempre al pasado con un caudal de ideas que, *nolens volens*, enturbiarán, subjetivizarán su visión de los hechos.³² Es una contingencia interna a la que el historiador no podrá escapar a pesar de sus exhaustivas colecciones documentales y pese asimismo a sus invocaciones de objetividad e imparcialidad. Para Ramón Iglesia los documentos, las fuentes, no hablan por sí mismos, pues “sus lenguas son múltiples según las personas que los manejan”.³³ La selección, el análisis, las relaciones, las imbricaciones y las interpretaciones de los hechos detectados en los documentos y demás fuentes son y deberán siempre ser claramente fijados de acuerdo con el rigor del método de investigación; empero antes y por debajo de este proceso se plantea la hipótesis científica que, a través de las manipulaciones heurístico-hermenéuticas, tendrá que ser comprobada o bien rechazada.

Reunir paciente, meticulosamente una abundante documentación (la materia prima) sobre no importa qué tema o institución para darse el gusto simplemente de imprimirla, es tan sólo responder al vano afán de publicar

29 Iglesia, *Cronistas e historiadores...*, p. 153.

30 Iglesia, “Orientación actual...”

31 Cfr. Simpson, *Dos ensayos...*, p. 11.

32 Iglesia, “Orientación actual...”

33 Cfr. Simpson, *Dos ensayos...*, p. 15.



documentos inéditos. Más aún, al actuar así, el compilador erudito no quiere tener en cuenta con su pretendido afán objetivista de que todo documento lleva consigo el gravamen de su intencionalidad, de su personal subjetividad, por así decirlo, y sin que se hurten a ella inclusive las columnas y concentraciones estadísticas: subjetividad interna del ordenador y subjetividad íntima del manipulador o intérprete. Dos aprioris a los que no escapan los documentos tenidos por más despersonalizados y objetivos, salvo quizá, arguye irónicamente Iglesia, el directorio telefónico.³⁴ Querer asimismo hacer de la historia una ciencia semejante a las naturales lo juzga Ramón Iglesia un gran error; porque la normatividad y la exigencia perfeccionista en los estudios históricos —repite con Croce— constituyen una de las muchas deformaciones que ha sufrido en su trayectoria. Esto podría justificarse cuando se confeccionaba la historia científica; pero no hoy.³⁵ La nueva-vieja consigna del crítico es la vuelta a los clásicos de la historiografía buscando modelos que recrear: la Historia, como obra de arte soldada a la vida. Se trata también de hallar en esa historia modelo o arquetípica al hombre, al autor que le dio vida y al tiempo que la hizo posible. La historia, repitamos, es ciencia en función del método empleado para erigirla; empero fundamentalmente, según se indicó líneas arriba, es un arte, una extraordinaria expresión artística a la que todo historiador debe aspirar. Frente a la seca estilística de la historia científica opone Ramón Iglesia la fórmula luminosa de una historia bella, literariamente escrita, filosóficamente formulada y humanísticamente entendida. Sólo así será posible situar a la historia en el horizonte cultural del hombre de hoy y se podrá rescatar a la ahuyentada masa de lectores que, alejada “por las excesivas complicaciones eruditas, [ha] buscado alimento para su interés en sucedáneos híbridos del tipo de la historia novelada”.³⁶ Ramón Iglesia soñaba con atraer a las personas de alta calidad moral e intelectual hacia el tema más apasionante de todos los tiempos: la historia.

Otro motivo de grave preocupación para el crítico historiador es el relativo a la formación de los futuros especialistas. La funesta influencia que los historiadores-profesores y fríos eruditos ejercen sobre los jóvenes que se sienten atraídos por Clío, provoca también las críticas de Iglesia, que se muestra

34 *Ibidem*, p. 18.

35 *Idem*.

36 *Cfr. Baraja de crónicas...*, p. 11.

indignada al observar las deformaciones que produce en los estudiantes la pobre acribia informativa de la que alardean sus mentores y guías. Los alumnos más idóneos y mejor dotados para el cultivo de la historia huyen de ésta o quedan convertidos, en el peor de los casos, en cazadores de documentos.³⁷ Los más dóciles y domesticables se transformarán en insoportables y especializados ratones de bibliotecas y archivos, y una vez que ya están bien entrenaditos y conformados (deformados) sólo les queda aspirar al máximo nivel de perfeccionamiento, que consiste en la acumulación impresionantemente ardillesca de datos y más datos, dejando siempre la interpretación y la síntesis, tal y como lo realizaron sus maestros, para cuando hayan reunido los materiales todavía faltantes; es decir, para nunca. Se le prepara asimismo a aceptar sin chistar el frívolo y falso supuesto de que la obra histórica publicada en 1925 queda superada por la editada en 1940 (fecha en la que escribe estas críticas Iglesia), como si se tratara de un nuevo modelo de automóvil.³⁸ Y por si fuera poco —prosigue Iglesia— se les imbuye que el valor de un libro de historia depende exclusivamente de la cantidad de autores citados, de la abundancia de notas y registros bibliográficos, de la profusión de índices analíticos. Y sumadas a estas aberraciones, acaso la mayor y más monstruosa: ponerlos de espaldas a la filosofía, a la literatura, al arte..., a la vida.³⁹

Prosiguiendo por este camino crítico aconseja a los estudiantes de historia la lectura meditada, sostenida del estudio que Edmundo O’Gorman antepuso a su edición de la *Historia natural y moral de las Indias* del padre Acosta, puesto que dicho prólogo responde a las tendencias recientes (está escribiendo Iglesia en marzo de 1940) de la cultura histórica, más filosófica hoy día que puramente científica y, por consiguiente, más interesada “en el esfuerzo reflexivo sobre los datos ya conocidos que en la simple acumulación de datos nuevos”.⁴⁰ Lo que es digno de admiración en este caso no es únicamente el modelo estimulante que presenta a sus alumnos, sino también la discreción y mesura con quien inhibe su propia obra para hacer resaltar los valores poseídos por la de su amigo y colega. Ya a punto de terminar su nota crítica, insiste en el consejo final: “De aquí que su trabajo [el de O’Gorman] debe ser

37 Cfr. Simpson, *Dos ensayos...*, p. 17.

38 Cfr. Iglesia, “Orientación actual...”

39 Cf. Simpson, *Dos ensayos...*, p. 12 y 14.

40 Cfr. Ramón Iglesia, “Un estudio histórico de Edmundo O’ Gorman”, *Letras de México*, n. 15, marzo 1940.



leído con atención especial por los jóvenes estudiosos de la historia, a quienes nunca se les recomendará lo bastante que no se olviden que la rebusca minuciosa de nuevos datos y documentos jamás puede ser un fin en sí mismo, sino un medio para elevarse a perspectivas superiores”.⁴¹ Bien es cierto que los materiales para construir la historia son frágiles, deleznable e inseguros; mas pese a ello hay que esforzarse por alcanzar el conocimiento histórico.⁴² En última instancia y dicho sea apelando a Vico, el conocimiento posible y casi único alcanzable por el hombre es el de su historia, es decir, el de los hechos realizados por él mismo y modelados por su propia voluntad.

V

Todo ha sido ya dicho; pero como nadie presta atención a ello, tenemos siempre que comenzar de nuevo desde el principio.

André Gide

En nuestra edición de la obra de Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México*, hemos conservado rigurosamente el texto del historiador y sólo nos hemos tomado la libertad de aligerar en ciertos casos las largas citas que de las obras de los cronistas introducía el historiador para ilustrar su tesis y fundamentar sus interpretaciones. Nos hemos tomado asimismo el trabajo de traducir las notas aclaratorias del libro para no privar al estudiante ni al lector medio, extraños acaso al inglés y al francés, de la posibilidad de relacionar comprensivamente algunas de las notas aclaratorias con el texto de Iglesia que las provocan. También hemos suprimido el apéndice del autor, incluido en la obra original para conocimiento y solaz de especialistas, porque la orientación y alcance de esta edición se ha pensado para un público-lector no especialista. En dicho apéndice, como es sabido, contrastando los dos textos (latino y español) demuestra Iglesia que *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii* es de López de Gómara, quien traducía al latín su propia *Historia de la conquista*. Iglesia prueba así su sagacidad y su capacidad de investigador; empero también sabe rendir pleitesía intelectual al que la merece, como es el caso con don Joaquín

41 *Idem*.

42 *Cfr.* “Orientación actual...”, p. 42. *Cfr.* Iglesia, *Cronistas e historiadores...*, p. 219.

García Icazbalceta, el insigne polígrafo, “a cuya sagacidad crítica no escapó —escribe nuestro historiador— la analogía que existía entre *De rebus gestis* y la *Historia* de Gómara; pero [que] no pasó de formular tímidamente su opinión, aunque bien cerca estuvo de la verdad el gran erudito mexicano”.

No queremos terminar este estudio sin poner a disposición del lector una lista de las obras escritas por Ramón Iglesia y de las publicaciones en las que él intervino como traductor. Por supuesto, nuestra bibliografía no es exhaustiva ni técnica; pero sí creemos que ayudará a completar el perfil intelectual del desgraciado historiador. No dejó éste una gran obra tras él; su muerte en 1948, cuando sólo contaba con 43 años, le impidió cumplir la labor fecunda que podía esperarse de él dado su vigor, pasión, entusiasmo y dedicación profesional. Lo esencial de su producción queda registrado; mas un estudio que aspirase a la totalidad requeriría una amplia y meticulosa revisión de las revistas y diarios madrileños y mexicanos, donde Ramón Iglesia ha dejado sin duda pródigas huellas de su talento. Los periodos a revisar serían el español (de 1930 a 1936) y el mexicano (de 1940 a 1948). Creemos que una investigación cuidadosa permitiría obtener buena cosecha, pues sacaría a luz algún ensayo inicial y desde luego notas y recensiones de indudable interés. Por último, nuestra clasificación es estrictamente cronológica y por lo tanto aparece sin distinción de géneros (salvo las traducciones de Iglesia puestas aparte) y por lo mismo misceláneamente entremezcladas.